

  
azulejos

FRANCO VACCARINI

# Un artista sobrenatural

Y otros casos de Emilio Alterno

Ilustraciones de  
LEO ARIAS



# Un artista sobrenatural

Y otros casos de Emilio Alterno

Franco Vaccarini

ILUSTRACIÓN DE TAPA  
DE LEO ARIAS

 | estrada  
Seguimos haciendo historia

  
azulejos

**Coordinadora de Literatura:** Karina Echevarría  
**Editor:** Alejandro Palermo  
**Autor de secciones especiales:** Alejandro Palermo  
**Corrector:** Mariano Sanz  
**Coordinadora de Arte:** Natalia Otranto  
**Diagramación:** Laura Barrios

Vaccarini, Franco

Un artista sobrenatural : y otros casos de Emilio Alterno / Franco Vaccarini ; ilustrado por Leonardo Arias. - 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2017.

192 p. : il. ; 14 x 19 cm. - (Azulejos. Serie Roja ; 69)

ISBN 978-950-01-2072-2

1. Literatura. I. Arias, Leonardo, ilus. II. Título.  
CDD 863.9282



**Colección Azulejos - Serie Roja**

**69**

© Editorial Estrada S. A., 2017.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.


Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2072-2

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



EL AUTOR  
Y LA OBRA



## BIO- GRAFÍA



FRANCO VACCARINI nació en una zona rural de Lincoln (provincia de Buenos Aires) en 1963; es el séptimo de ocho hermanos. Cuando tenía seis años, su familia se radicó en Chacabuco, también en el campo. Desde los trece años, vivió en un caserón que alquilaban sus hermanas y, luego, en pensiones de la ciudad de Lincoln, donde comenzó a escribir.

Radicado en Buenos Aires desde 1983, estudió periodismo y asistió, entre otros, a los talleres literarios de los escritores José Murillo y Hebe Uhart.

En 2006 recibió el premio de la colección El Barco de Vapor, con la novela *La noche del meteorito*.

Obtuvo menciones del Fondo Nacional de las Artes por el libro de poemas *El culto de los puentes* y la novela *La pasajera encantada* (inédita), y fue seleccionado, en el género de poesía, para la Primera Bienal de Arte Joven (1989, ciudad de Buenos Aires).

Entre sus libros de cuentos y novelas para jóvenes, se destacan los siguientes: *La mecedora del fantasma. Y otros misterios sin resolver* (cuento, en esta editorial); *El muelle de la niebla. Y otras historias de miedo* (cuento, en esta editorial); *Algo más que un tesoro* (novela, en esta editorial); *Los crímenes del mago Infierno* (novela); *Eneas, el último troyano* (versión novelada de la *Eneida*, de Virgilio); *Odisea* (versión novelada del poema homérico); *Los ojos de la iguana* (novela); *El hombre que barría la estación* (cuento); *Ganas de tener miedo* (cuento); “El maestro del terror” (cuento, para la antología *Patagonia, tres viajes al misterio*); “Las leyendas del rey Arturo” y “El oro de los nibelungos” (relatos, para el volumen *Héroes medievales*).

En esta misma editorial ha publicado además *Un misterio pasajero y otros cuentos policiales*, una serie de relatos protagonizados por el detective Emilio Alterno.



## La fascinación del relato policial

El género policial ejerce una especial fascinación sobre los lectores, que deben actuar un poco como detectives y poner todo lo que leen bajo el análisis y la sospecha. A medida que avanzan en el relato, van uniendo las pistas que les permitirán llegar al desenlace.

Las primeras narraciones policiales pertenecen al tipo denominado “de enigma” o “clásico”. En ellas, el protagonista suele ser un detective que interroga a los sospechosos y busca pistas para resolver el misterio de un crimen por medio del razonamiento lógico y la deducción. El fundador del género policial de enigma fue el escritor estadounidense Edgar Allan Poe, con su cuento “Los crímenes de la calle Morgue”, publicado en 1841. Tiempo después, el escritor inglés Arthur Conan Doyle popularizó el género con las novelas y cuentos protagonizados por Sherlock Holmes: la primera novela con este famoso detective fue *Estudio en rojo*, de 1887.

Como explica el propio Franco Vaccarini en el “Prólogo”, las historias del detective Emilio Alterno corresponden a otra de las vertientes del relato policial, que se desarrolló en los Estados Unidos a partir de la década de 1920: la que se conoce como “novela negra” o “novela criminal”. Algunos de los autores más representativos de esta corriente son Dashiell Hammett, Raymond Chandler y Jim Thompson. En este tipo de policial, la investigación lleva al detective por ámbitos sociales diversos y lo enfrenta a engaños que ponen en peligro su propia vida. Más que centrarse en el delito propiamente dicho, el policial negro pone el foco en una sociedad corrupta y en la compleja trama de intereses que funciona detrás del delito. En este tipo de relatos, aumenta el suspenso y la incertidumbre: el lector no sabe qué ocurrirá con el detective al dar vuelta la página, ya que este se sumerge en una atmósfera donde no siempre funcionan las reglas del razonamiento lógico.

# **Un artista sobrenatural**

**Y otros casos de Emilio Alterno**

Franco Vaccarini





# Prólogo

A Emilio Alterno lo conozco bastante bien. Se parece a muchos hombres de esos que abundan en las novelas policiales. Su vida está inspirada en las criaturas de Raymond Chandler, de Dashiell Hammett, de Jim Thompson... autores estadounidenses que se enrolan en la “novela negra” o “novela criminal”. Uno de los aspectos sobresalientes de este subgénero es que sus personajes suelen sentirse derrotados, cultivan una ironía áspera y no esperan mucho de nada. El misterio que se proponen resolver es una excusa para reflexionar sobre el lado oscuro del sistema.

Las lecturas de esos autores me impulsaron a pergeñar historias con un poco más de humor y un poco menos de violencia. Para que chicos y grandes puedan —es mi intención— divertirse y pensar.

Emilio sabe que, si un cliente se le acerca, es porque está desesperado o lo quiere engañar por algún motivo misterioso. Es ingenuo, pero sospecha que ese atributo no conviene a su oficio; por lo tanto, es también desconfiado. Incluso desconfía de sí mismo. Lo obsesionan las polillas y los insectos nocturnos —teme que lo ataquen mientras duerme, aunque él jamás lo admitiría abiertamente— y suele mudarse seguido, ya que es un inquilino siempre a la caza de un departamento más conveniente en precio y comodidades. No tiene auto, se mantiene soltero, aunque le agradaría estabilizarse en una relación. Conoce lo suficiente a la

especie humana como para torturarse con reproches, sin llegar a la autoindulgencia.

Vive con austeridad. Le disgustaría no tener dinero para ir a comer afuera o comprarse un saco, pero, por lo demás, su ambición no es monetaria, sino que se limita a la resolución de sus casos. Sabe que no es un deductivo brillante, pero compensa esa carencia con su voluntad ineludible. Y esa es su ética: cumplir con los encargos, resolver, no dejar a su cliente y a la justicia con las manos vacías.

Es, a su modo, precisamente eso: un defensor de la justicia.

**F.V.**



# **Un artista sobrenatural**



# 1 | El gran señor Policastro

Vestía ropa de buena calidad, pero olía a perro mojado —no lo culpo, llovía a cántaros—, tenía las gafas torcidas, jadeaba como un maratonista al final de la competencia y, sin embargo, entró a mi modesta oficina dándose aires de gran señor. Miraba con desconfianza la enclenque silla de pino que le ofrecí como asiento y adiviné sus ganas de irse en busca de otro investigador con sillas más confortables. Un trueno de esos que hacen vibrar las paredes lo impulsó a sentarse. Tomó un pañuelo descartable y secó con esmero sus gafas. Como si me perdonara la vida, dijo:

—Disculpe la demora. El clima no acompaña. Tal vez usted tenga otra cita, seré breve.

—Tranquilo. Por la tormenta, han llamado para avisar que se cancelan todas las demás citas.

Acababa de mentir soberanamente. Él era la única cita que tenía agendada para ese día. La única de la semana, a decir verdad. No me quejo, la escasez de clientes solo puede significar que el crimen retrocede. ¡Vivan las buenas noticias!

—¿Usted es, entonces, el señor Emilio Alterno?

—Sí.

—¿El detective privado?

—Sí.

—¿Sabe quién soy yo?

—Sí.

—¿Es miope?

—No.

—Lo sabía, porque no usa anteojos. Solo quería probar si sabía decir “no”, ja ja.

Se llamaba Damián Policastro. Era un exitoso crítico de arte y un humorista fracasado, resumaba pedantería por todos los poros. Un hombre delgado, mojado —pero eso era temporal—, de aspecto enfermizo, más bien bajo, con camisa *beige*, pantalón *beige*, unos zapatos imperdonables de color caqui y una sonrisa de hombre que lo ha visto todo *y a mí no me la van a contar*. Es una característica típica de los especialistas en cualquier cosa: viven instalados en su zona de confort y creen controlar el mundo desde allí. Basta con que un pequeño tembladeral los haga moverse un poco de su centro de comando, y comienzan a pedir socorro, entran en pánico y lloriquean llamando a padre, madre, tutor o encargado.

Mi padre, justamente, me ilustraba con una teoría al respecto. La teoría de los espárragos. Él decía que todo el mundo debería pasar una temporada cosechando espárragos de sol a sol. Es un trabajo que nadie quiere. Hay que ensuciarse las uñas enterrando las manos en la Madre Tierra, la cintura padece, se trabaja sin descanso, y uno termina feliz por el simple hecho de poder ir a comer un sándwich de carne

y dos manzanas a la sombra de un eucalipto. De golpe, la felicidad es algo simple: sombra y alimento, descanso de la fatiga. Damián Policastro probablemente ni siquiera sabía qué aspecto tenía un espárrago, por más que él se les parecía bastante: era flaco —lo dije— y pálido, como si nunca hubiera salido de la sombra. Y un detalle más que lo emparentaba a los espárragos es que al día siguiente estaría debajo de la tierra.

—Emilio: muy pronto, en el Palacio de las Artes, se pondrá al público una exposición de la obra de Mason Dumitru, artista nacido en los Estados Unidos, más precisamente en Providence, una de las ciudades más grandes de Nueva Inglaterra. ¿Conoce?

—No tengo el gusto.

—Bien, lo sospechaba. Pero eso no es relevante, Emilio. Para serle franco, este artista se encuentra en nuestro país y es un maniático de primera categoría. No quiere tener contacto con nadie y detesta a los críticos. Obligado a elevar su perfil y a mostrarse un poco, conseguí hacerle un par de preguntas el día que llevaron sus cuadros al Palacio. ¡Cuánto resentimiento es capaz de albergar el corazón de un hombre! Y el de un artista fracasado, ni hablar.

Me resultó raro que llamara *fracasado* a un artista que se daba el gusto de exponer sus obras por el mundo, y se lo dije. Policastro puso una sonrisa sobradora y dijo:

—¿Por el mundo? Buenos Aires no es el mundo. Este hombre hace décadas que no expone nada. No sé qué lo une a esta ciudad, pero llegó a mis oídos que él mismo propuso



la exposición y que se hizo cargo de algunos gastos. Nadie lo quiere. Sus obras son revulsivas. Es bueno, pero hay muchos artistas buenos. Como decimos aquí, es un bizarro, un artista clase B. Elige temas anacrónicos, antiguos, propios del siglo XIX. Caníbales, antropofagia, vampirismo... ¡y se lo toma todo en serio! Ni una veta de humor, ni una parodia. Es un asquete, aunque mete un poco de miedo.

—¿Sus cuadros meten miedo?

—Para un público desprevenido, sí. Aviva un viejo terror de la humanidad. El miedo a ser devorado. Y él, en persona, me amedrentó, lo reconozco. Viste trajes viejos que huelen a naftalina, tiene una voz gutural, es malhumorado. Habla el español a medias. Yo diría que es un español amenazante, ya que solo lo emplea para proferir amenazas. O quizá yo lo inspiré.

En ese momento di la razón a las teorías de mi padre. Me dije: “Aquí tenemos a este crítico color caqui, asustado porque un artista lo miró feo”.

—Pero... ¿usted qué le dijo? —quise saber.

—Le pregunté cómo hacía para elegir sus modelos. ¿Sabe qué me respondió? “¡Cuervo!” O mejor, algo así: “Cuervou”. Y enseguida agregó: “Maldito cuervou con gafas”.

—Habla bastante bien el idioma. Y es muy observador.

—¿Y usted es gracioso?

Pensé que me había pasado de la raya, pero el *cuervou* con gafas no dudó en responder mi siguiente pregunta:

—¿Y qué le preocupa de este sujeto providencial... digo, de este artista?

—Una sola cosa, a decir verdad.

—¿Cuál?

—Dijo que iba a matarme.



<b>El autor y la obra</b>	3
Biografía	5
La fascinación del relato policial	6
<b>La obra</b>	7
Prólogo	9
<b>Un artista sobrenatural</b>	11
1  El gran señor Policastro	13
2  Una especie de bestia	19
3  Un accidente poco natural	25
4  La escena del crimen	29
5  La exposición	33
6  En los jardines del Palacio	39
7  El malvado Dumitru	43
8  Dalí y los espárragos	49
9  Noticia sorpresa	53
10  ¿Quién es la cena?	57
11  La confesión	61
12  La segunda confesión	63
13  Un amor sin memoria	69

<b>Todo el mundo cae</b>	<b>73</b>
Uno	75
Dos	79
Tres	83
Cuatro	89
Cinco	95
Seis	99
Siete	107
Ocho	111
Nueve	117

<b>El proyecto Alaska</b>	<b>119</b>
1  Enamorado de un monstruo	121
2  Animarse a todo	125
3  Lágrimas en la taza de té	129
4  La fría culebra	133
5  El arquero	139
6  La historiadora	143
7  Lo que viví mientras soñaba	151
8  Un mundo de problemas y soluciones	155
9  El árbitro	157
10  Palermo Real	161
11  Alaska	167
12  Dos escenas finales	171
1. Mario	171
2. Ada	172

<b>Actividades</b>	<b>175</b>
Actividades de comprensión de lectura	176
Actividades de producción de escritura	178
Actividades de relación con otras disciplinas	180